

José Lezama Lima escribe la necrológica de Ortega *el americano* *

Presentación de **José Lasaga Medina**

ORCID: 0000-0001-8825-9874

El número 40 de la revista *Orígenes*¹, editada en Cuba por Lezama Lima fue el último que se publicó y quiso el azar que su último texto impreso fuera la breve, compleja, rica y sobre todo generosa nota que el gran poeta habanero escribió para despedir al gran filósofo madrileño y que hoy recuperamos en esta sección. Su origen está probablemente en la carta que Lezama escribió a María Zambrano poco después de conocer la muerte de Ortega y las circunstancias que la rodearon. En su respuesta desde Roma, Piazza del Popolo, la amiga le escribe: “Lo que me dice de Ortega debería escribirlo; tal así como está hace falta que alguien lo diga y nadie como usted si no lo ha hecho, hágalo para su revista”².

Al recordar Lezama la obra y al hombre que la ha escrito no se detiene demasiado en el estilo. Le reconoce, citando a Gaos, lo excepcional de la prosa orteguiana y el hecho de que recuperara para la lengua castellana una originalidad en el decir que se había perdido. Pero le interesa más el Ortega filósofo y hombre público que supo desde muy joven “penetrar” en su destino,

⁰ Este trabajo se integra en los resultados del proyecto de investigación: FFI2009-11449, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

¹ “La muerte de José Ortega y Gasset”, *Orígenes*, La Habana, 1951, n.º 40. El texto ha sido tomado de la antología de José LEZAMA LIMA *Imagen y posibilidad*, selección, prólogo y notas de Ciro BIANCHI ROSS. La Habana: Letras Cubanas, 1981, pp. 144-148.

² La muerte de Ortega se había efectuado el 18 de octubre de 1955. La carta de Zambrano en *La Cuba secreta y otros ensayos*. Madrid: Endymion, 1996, p. 208. Véase en esta misma *Revista de Estudios Ortegaianos*, n.º 10-11, 2005, el amplio dossier sobre las circunstancias de la muerte del filósofo al cuidado de Ignacio Blanco Alfonso.

Cómo citar este artículo:

Lasaga Medina, J. (2010). José Lezama Lima escribe la necrológica de Ortega “el americano”. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (20), 193-201.
<https://doi.org/10.63487/reo.518>

Revista de
 Estudios Ortegaianos
 N.º 20. 2010
 mayo-octubre



así dice, zambranianamente. De ahí el elogio que le regala a Ortega, que no es el esperable de la inteligencia o la profundidad de saberes o la gracia de la palabra sino la valentía. Y me parece tan cargado de significación, tan elegante y tan justo que no renuncio a citar, aún a sabiendas de que obligo al lector a leerlo dos veces, sus palabras: “Es ahora el momento de manifestar que fuera Ortega y Gasset, el que dijera las cosas más valientes, inteligentes y voluntariosas, acerca de la historia, paisaje o política, que se han dicho en España en los últimos cien años”.

Por supuesto, Lezama lo sabía todo de Ortega, no sólo porque había leído su obra y conocía desde su comienzo la *Revista de Occidente*, espejo en que se miró *Orígenes*, como tantas otras revistas de la América hispana, sino por la entrañable y prolongada amistad que le unió con María Zambrano, a cuyas conferencias asistía con asiduidad, siendo la primera que diera en la isla una titulada “Ortega y Gasset y la filosofía actual” en 1948, en la época en que la filósofa de la razón poética residió en la isla. José Prat Sariol en su ensayo “La complacencia trascendente. José Ortega y Gasset en José Lezama Lima” asegura que Lezama prestaba atención a todas las manifestaciones culturales relacionadas con Ortega y que asistía siempre a las conferencias que sus discípulos daban en La Habana, especialmente Gaos y García Bacca.

Sí, Lezama lo sabía todo de Ortega, su gusto por las tertulias, los veraneos en San Sebastián, las visitas al Jokey Club de Buenos Aires, las conversaciones con ninfas en el golf o los brindis del Ritz. Por eso mismo enfatiza el valor de Ortega volviendo del revés la historia de España –Lezama habla de “despellejar” “el falso ordenamiento que dañaba lo hispánico”. Está leyendo *España invertebrada* en clave americana y señala el acierto de Ortega al destacar como el gran momento auroral de su historia la colonización de América, contra el gesto vano de pura voluntad que simboliza la erección del Escorial. Con el olfato para la síntesis que los grandes poetas suelen poseer, lee la “Meditación del Escorial” como primera inspiración de *España invertebrada* y ésta como preliminar de *La rebelión de las masas*. También cree Lezama que la tarea de las minorías en relación con las mayorías es el tema político de “nuestro tiempo” y no encuentra desdeñables las intuiciones de Ortega: “Ortega precisó el destino que le quedaba por realizar a «los mejores»”. Pues ésa, en realidad fue la tarea de su vida, su destino en el que le vio encajado desde joven: “A su formación, a su responsabilidad, a lo necesario de su universalidad, dedicó sus mejores vigilancias”. Y fue esa lucidez fruto de la valentía y decisión de decir lo que había que decir, en contra de lo que convenía decir, lo que le ganó tantos y tan encendidos enemigos.

Pero aunque la nota de Lezama subraya ante todo la dimensión pública de Ortega y su misión como educador, hacedor de salvaciones, no ignora la pro-

fundidad y originalidad de su filosofía. Alude en cifra a su acertada crítica del idealismo alemán aunque lamenta la ausencia de una dimensión trascendente en sus reflexiones sobre la realidad radical. Se permite en este punto una ironía cuando le pronostica para el viaje al más allá, ya iniciado, sendos diálogos con “el frailecito incandescente” y el “morabito máximo” –motes que Ortega había dado respectivamente a San Juan de la Cruz y Miguel de Unamuno. Termina evocando, eco de las palabras que escribió a su amiga María³ cuando supo de la muerte de Ortega en la España de Franco, la sobriedad de su muerte y la “maligna incompreensión que se complació en escarnecerlo”.

³ En carta fechada en diciembre de 1955, Lezama se lamenta de la “descampada frialdad” que ha rodeado al acontecimiento; y comenta que se trata de un “hecho brutal”, una “indignidad”, una “pobreza sucia”. Citada en “Sobre la complacencia trascendente” (2000), José PRATS SARIOL, *Revista Hispano-cubana*, n.º 4, 2006, pp. 151-164.

JOSÉ LEZAMA LIMA

La muerte de José Ortega y Gasset

Ya hoy lo podemos complacer, pues le acaba de llegar la gracia de la complacencia trascendente, ya le podemos decir Ortega el americano. La extrañeza del americano en el idioma, su voluntariosa o soterrada desconfianza de las palabras, hasta que una a una se decide a descubrirlas, a desgarrarlas en cada instante germinativo, estaban vivas en él. Sabía que no podía disfrutar del idioma en blanda siesta, sino apoderarse de él como una conquista, como un comienzo. Ni el calvado aticismo, máscara de tanta endebles y ñoñería, ni las elegancias minuciosas de la sensación en sus reflejos, ni el rodaballo perifoloso. No apetecía la tradición como disfrute, sino el disfrute de una tradición matinal, reciente, descubierta. Primera de sus hazañas: frente a la mortandad del verbo hispánico de sus comienzos, levantarse a la eficacia conquistadora del idioma. Por eso subrayamos la verdad esclarecedora de José Gaos, cuando nos dice: “su par habría que elegirlo, a mi parecer, entre los máximos prosistas hispanoamericanos, que pertenecen al período posterior a la independencia de estos países”.

Sabía que en España el labriego y el cortesano, a la manera de Garcilaso, habían cantado y danzado, para el mejor gusto o el éxtasis, pero quedaba el fragmento del escritor, que no le correspondía al campesino, que tenía que comenzar su aventura. Que desde siglos había perdido carácter, energía, desenfado, o para decirlo en el lenguaje de los músicos su “alegría majestuosa”. No sólo había disfrutado en su juventud la palabra de áureos ramos almendrineros del “indio divino”, sino que había leído a los cronistas de Indias, en un afán de aunar la palabra que se extrae con la aventura del paisaje de nueva tierra fir-

me. Años antes Unamuno se encontraba con Martí, y tenía que descubrir allí, que dos de las mejores tradiciones españolas, el barroquismo de esencias y el misticismo, se encontraban de nuevo en su llegada americana. Ortega el americano, Martí y Unamuno, primer triunfo, de nuevo en el idioma. Plenitud que comienza por nacer de una frustración, de un reojo de desterrado.

Una consumada sorpresa engendraba en la valoración de la valentía de Ortega, las temporadas que había pasado en San Sebastián o en las tertulias bonarenses del Jockey Club. No se le situaba la gran valentía con que iba a sus cosas esenciales, aunque tuviese que torcer simpatías de cavernícolas o liberales. Es ahora el momento de manifestar que fuera Ortega y Gasset, el que dijera las cosas más valientes, inteligentes y voluntariosas, acerca de la historia, paisaje o política, que se han dicho en España en los últimos cien años. Desde muy joven penetró en su destino, “parecería lo que dijese una historia de España vuelta al revés”. La historia se había hecho tópica, repetición, cartoné. Y Ortega comprendió que había que despellejar aquel falso ordenamiento que dañaba lo hispánico. “La perdurable modorra de idiotez y egoísmo que ha sido durante tres siglos nuestra historia”. Se enfrentó hasta su muerte con esa idiotez; combatió, hasta que una mezquina circunstancia histórica le cerró todas las puertas, esa modorra. Pero aún hay más en esa valentía, señalar el tránsito de Castilla, medieval, mística y creadora, a pura escenografía, a retórica de la llaneza. Ese momento en que según nos dice, Castilla “se vuelve suspicaz, angosta, sórdida y agria”. Combatió todo esbozo de estatificación y de muerte. Y subrayó que el gran momento vital de España, había sido la colonización americana, matinal, plena, frente a la agriedad del fetichismo castellano. “Para mí [dice Ortega] es evidente que se trata de lo único verdadero, sustantivamente grande, que ha hecho España”. En esa dimensión, Ortega llegó a decirse contra lo más altivo y rífo, sin dar muestras de vacilación. Así nos dice de El Escorial, que allí “se muestra petrificada un alma toda voluntad, todo esfuerzo, exento de ideas y de sensibilidad”. En esas valoraciones es donde Ortega muestra su valentía, la decisión de su estilo.

Y esa colonización, revés de la minoritaria inglesa, según él subrayaba, había sido hecha por el pueblo. Todo lo había hecho el pueblo, pero lo que él no había hecho marchaba a la deriva sin pulso formativo. Entonces fue cuando Ortega precisó el destino que le quedaba por realizar a “los mejores”. A su formación, a su responsabilidad, a lo necesario de su universalidad, dedicó sus mejores vigilancias. Es decir, al lado del pueblo hispano, creador de voz y numerados pies danzables, grave de guitarras romanceadas, acarreo de las mejores resistencias, el ejercicio místico para constituirse en “los mejores”. No era aristocracia sin raíces, como afirman superficiales, sino la elaboración y cuidado de los bíblicos “vasos de elección”.

De ese destino derivó su concepción de la esencial frustración del hombre dentro de la órbita hispana. “Todo español lleva dentro, como un hombre muerto, un hombre que pudo nacer y no nació”. Frente a la trágica decisión de esa frase, es innegable que Ortega y Gasset se empeñó toda su vida en superar esa frustración, ese no habitar su destino del hombre hispano. En el señalamiento de esa frustración, no hubo pesimismo en Ortega, sino virtudes aurorales, enérgicas flechas elevadas a un más alto potencial hispánico. Los que se contentaban y aprovechaban de esa frustración, mirarán siempre con recelo maligno ese esplendor, ese triunfo de la inteligencia, ese recio señorío mostrado por Ortega para combatir las enfermedades de su circunstancia y su tiempo. Huyendo del yo trascendental de los alemanes, trampa mística para los místicos, no se detuvo en la alabanza del Dios en Castilla. Para no caer en el panteísmo alemán desconfió del misticismo español, y pareció siempre huir de todo diálogo teocrático. Pero el frailecito incandescente y el morabito máximo, como él llamaba a dos de las más esenciales figuras de la historia de España, estarán allí para contestar a las preguntas que él no satisfizo. Pero él era también un místico del fervor del conocimiento, del apetito de las esencias. La sobriedad de su muerte, rodeado de cosas muy esenciales, la maligna incomprensión que se complació en escarnecerlo durante sus últimos años, hicieron que de nuevo en él esplendiese la antigua grandeza castellana. A su espíritu de fineza, a la noble voracidad de su fervor humanístico, a la rectitud de su señorío, a la sobriedad de su muerte, el homenaje, un angustioso detenernos en la marcha, de los que trabajamos en *Orígenes*.

Orígenes. La Habana, 1956, N°. 40